



Hace 100 años de aquella flor de otoño

*Vives ya en la estación del tiempo rezagado:
lo has llamado el otoño de las rosas.
Aspirálas y enciéndete. Y escucha, ...
Francisco Brines, poeta.*

*Unas veces cantadora,
otras, quedada en silencio.
Gabriela Mistral*

Nací en Vicuña, donde mis padres fueron en borriquilla a pedir posada y atención, mi madre ya a punto de nacerme. Allí fueron desde La Unión para buscar un parto mejor, como en las historias sagradas. Mi madre era una modista campesina de raíces vascas, y mi padre payador y maestro, de herencia española, un hombre ausente, lleno de cantos y palabras. Me debatí entre creerme criolla y sentirme india. De él heredaría los cantos y las poesías, y de mi madre el amor a la tierra y los nombres de las cosas.

También de mi abuela hebrea me fue dado el amor a las historias de la Biblia. Fui maestra sin título, me lo negaron no dejándome estudiar, ni examinarme, en la Escuela Normal de La Serena, porque sospechaban de mis ideas religiosas y socialistas y de mis versos encendidos, y después lo recibí triunfante, ya muy entrada la juventud, hilvanando en puro verso una lección de botánica ante aquel tribunal de la Escuela Normal número 1 de Santiago. Gané un concurso de poesía en unos Juegos Florales a los veinticinco años, una flor natural y una corona de laurel estaban entre mis premios aquel día 22 de diciembre de 1914 y seguí escribiendo en aquella juventud mía a los periódicos y revistas a los que tuve alcance, hasta que publiqué mi primer libro "Desolación", en Nueva York en 1922, año que fui llamada para ir a México.

Tuve una escuela en todas las latitudes de mi tierra, desde el desierto del norte hasta los fríos hielos del sur, dirigí institutos de niñas y luché por ellas y sus familias.

A los treinta y tres años, me fui a México llamada por el ministro José Vasconcelos para participar en sus misiones pedagógicas y en su reforma de la enseñanza y ahí comienza mi vida nómada lejos de Chile, porque nunca allí lograron abrazar mis sueños.

En México fui feliz. Partíamos en camiones llenos de libros y herramientas, dejando atrás la meseta de Anáhuac y adentrándonos en la selva, cada aldea un chorro de luz, cada niño campesino un regalo donde íbamos escribiendo la buena nueva, cada niña india un tapiz de color donde bordar derechos y libertades. Éramos misioneros que llevábamos las herramientas del pueblo dispuestas para la siembra. Las semillas las llevábamos en sacos, pero también iban en nuestras palabras y en nuestros corazones. Estábamos sembrando una tierra nueva.

Llevábamos palabras y herramientas, dos útiles de siembra para recolectar un espíritu nuevo.

Las manos se llenaban de oficios y las cabezas de pensamientos, las escuelas florecían al calor de una nueva primavera.

Era la primavera del ministro Vasconcelos que creó una Secretaría para acunar a los maestros y maestras campesinas, y para mecer las escuelas rurales lejos de las luces de los salones. Tolstoi y Tagore vinieron con nosotros porque estábamos cumpliendo su sueño, y nos ayudaron desde

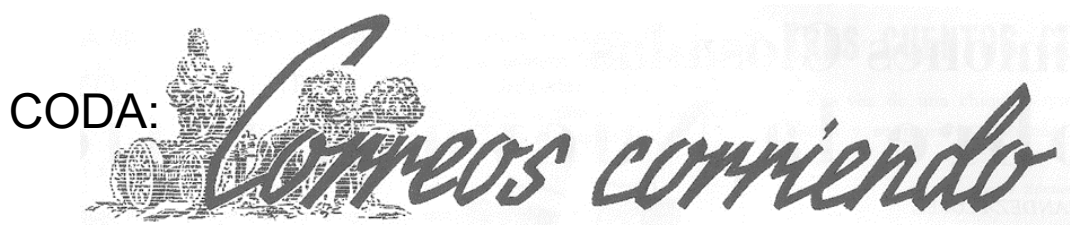
las nubes a levantar escuelas campesinas llenas de naturaleza vegetal y silabarios. Los parlamentos al aire libre, las comidas comunitarias, el trabajo con las manos y el canje de trabajo por comida, por palabras, por pensamientos. Todo era intercambio y dádiva, nada era negocio de enriquecimiento engañoso.

Yo cantaba con ellos sus cantos de indios y bebía su bebida y comía su comida de indios, y su risa me llenaba la boca porque así México me estaba devolviendo todo lo que yo le había dado a Chile.

Yo me levantaba cada mañana y alzaba mis brazos hacia el sol saliente como en un rito oriental, y recibía su luz y su energía, toda la energía que necesitaba para levantar esas escuelas campesinas rodeadas de huertos y frutos, esas bibliotecas ambulantes que llenaban de palabras los ojos de los niños y sus familias indígenas; y esas Escuelas Nocturnas que brillaban como luciérnagas en la oscuridad de las aldeas de las selvas mexicanas.

A los maestros y maestras rurales les entregamos su "Ley de Jubilaciones" y les devolvimos la dignidad de un oficio que ellos ya tenían. Aprendí de ellos mucho más de lo que ellos pudieron aprender de mí.

(continuará...)



Se ruega a l@s lectoras y lectores que nos envíen algunas advertencias, sentencias, opiniones, apreciaciones, máximas, silogismos, analogías y matizaciones. O recados como decía Gabriela.

RECADOS:

Nunca supe estar sola y algunas mujeres estuvieron a mi lado siempre, Laura Rodig, a la que conocí en el instituto de Los Andes, pupila mía que me acompañó a Tierra de Fuego, y a México, joven mujer, clara y libre, llena de fuerza y de arte, que supo recoger mis poemas y esculpirlos en piedra.

*Palma Guillén que se ocupaba siempre de todo lo que era materia a mi alrededor, los papeles, los asuntos de la casa y de la calle, y de nuestro niño.
¿Palma, se nos mató o nos lo mataron?, nuestro hijito del alma. Nunca lo sabremos.*

Lolita Arriaga, maestra de pueblos enteros, misionera pedagógica que amamantó el espíritu de niños suyos y ajenos. Lolita te envió este recado lleno de viento y hierbabuena.

Y sobre todo tú, Doris Dana en los últimos años, mi niña errante americana, cuando la memoria es la capa con la que me envuelvo, cuando estoy enferma y solo quiero morir en tus brazos.

Firmado: Coordinadores del SLIJ "Ana Pelegrín" de Acción Educativa.
Cristina Mora, Esmeralda López, Federico Martín, Llanos García, Manuel Alcántara.
Colabora: Belén Jiménez. (MRPS, Pizpirigaña).

Ávila y Madrid a 1 de diciembre de 2023

Cuenta de correo: arcángelyviento@gmail.com